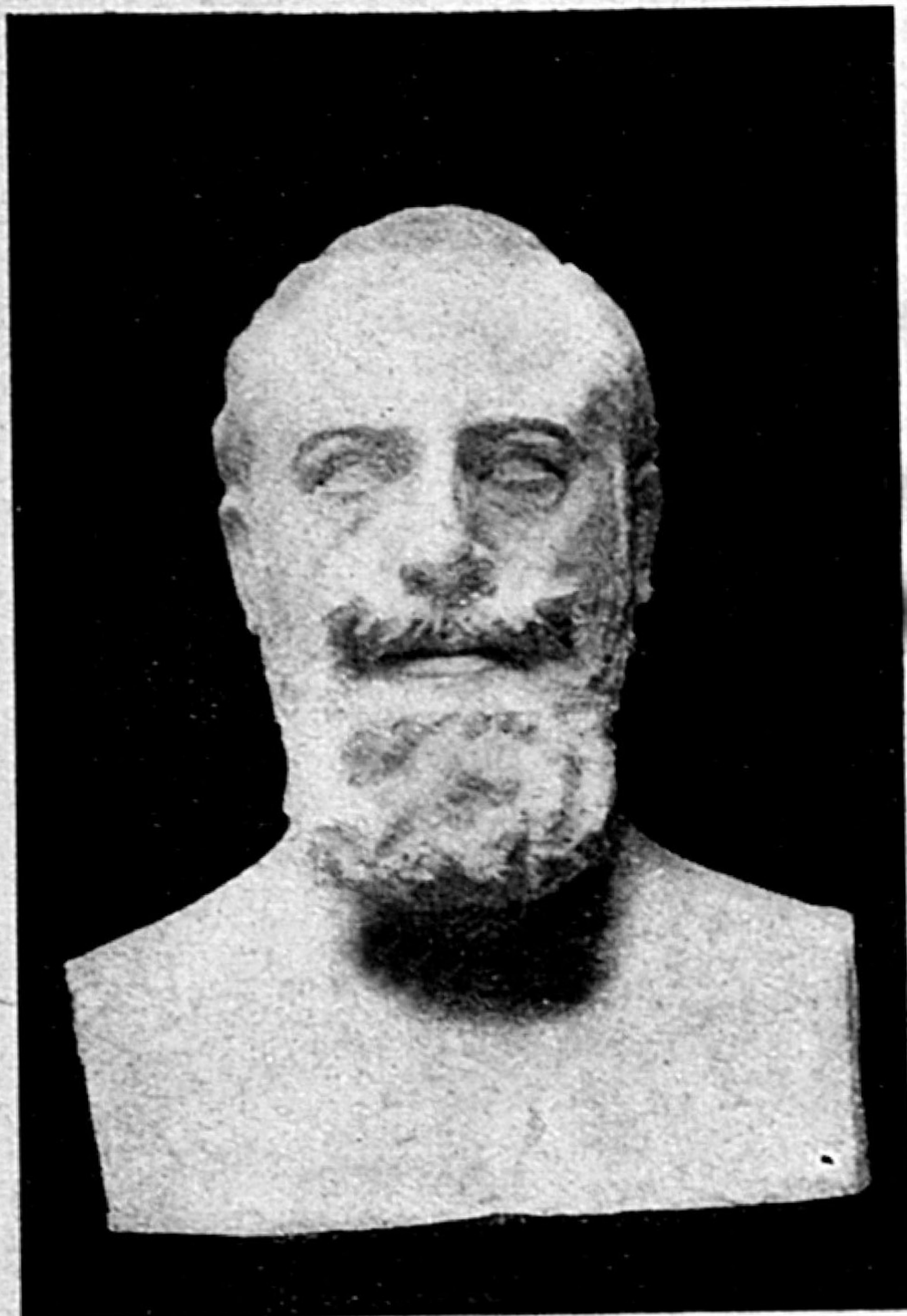


HORAS DE TALLER

LA ARTISTA ESCULTORA LAURA MOUNIER DE SARIDAKIS

Al entrar a la casa, una bocanada de perfumes de flores y de hojas tiernas de la primavera nos recibe. Hay paz, hay silencio, bajo aquellos aleros del chalet de la Avenida Vicuña Mackenna, donde vive el matrimonio Saridakis-Mounier. Manchas de geranios, de lirios y



Busto del señor Juan Saridakis.

de glicinas, dan a todo aquello alegría en medio de una tranquilidad magnífica para trabajar en arte. Luego cruzamos el hall, tapizado de cuadros luminosos y nos encontramos en el taller de la escultora, señora Laura Mounier, ya recompensada con medallas en pasados salones.

Hace poco hemos visto en el hall de la casa Weil, una de las últimas obras de la artista, un hermoso jarrón vaciado en bronce, que la autora titula "Algas Marinas", y cuya fotografía publicamos; una obra originalísima, de elegante carácter decorativo, que al mismo tiempo es como un símbolo que significaría esa vida misteriosa de las algas que se cogen a las rocas, esas raras floraciones del mar, que tienen color obscuro de ola, que parecen cabelleras de "oceánidas". La composición de estas algas en la obra que nos ocupa, está hecha con raro acierto y buen gusto: Una mujer, que parece tendida sobre ella, muestra su cabeza graciosa, que se ofrece a la frescura de la ola. Su cabellera está formada por todas esas algas que en gracioso dibujo componen el jarrón.

Nos dice la artista al hablarle nosotros sobre esta obra:

—La concebí en Zapallar, durante una de mis largas horas en contemplación del mar. Mientras veía batirse las olas contra las rocas y arrastrar dulcemente estas algas, tan sugestivas en sus movimientos, más de una vez creí ver que a ellas se unía, se anudaba, una forma de mujer, una de esas oceánidas cantadas por Ossian.

En aquel amplio taller instalado en su chalet, vimos también un fuerte y vigoroso retrato de su esposo, el señor Saridakis, cuya fotografía igualmente publicamos. Como se ve, está tratado con soltura y tiene acentuado carácter. Es una obra severa, que respira fuer-

za y nobleza. Los ojos, cuya pupila no ha horadado aún la chispa del Renacimiento, tienen un sello de grandiosidad que la artista le ha dado. La factura es fácil, el modelado profundo, conservando la huella de la mano transpasada al bronce por el buril, y que recuerda la factura rodinesca.

La artista nos habla de su obra con sencillez, revelándonos sus palabras el profundo cariño que siente por su arte. Todo en aquella casa respira un ambiente de sana alegría. Ninguna pose, nada de aquello que forma las exterioridades generalmente adoptadas en estos casos.

—Trabajo la mayor parte del día en este taller, ocupando a lo menos en la escultura cuatro horas diarias, que son las más felices de todas. Por ahora nos preparamos para marcharnos a Zapallar, donde terminaré otros proyectos que tengo. Junto al mar, la labor parece adquirir más frescura y salud.

Esparcidos por todas partes, vemos torsos de estudio, dibujos, apuntes, bocetos en yeso, que nos hablan de una labor intensa y cuidada. Cientos de revistas traen hasta esa casa las palpitaciones de arte de Europa. Los esposos Saridakis-Mounier nos hablan de todo con conocimiento cabal, y como visitan su casa muchos artistas y muchos literatos, reciben de todos ellos el choque de ideas y las novedades de todos los círculos.

Creemos oportuno, al hablar de la labor de esta artista, hacer una observación curiosa, relacionada estrechamente con su arte, y es la siguiente: Siempre en la vida les es mucho más fácil el triunfo a aquellos que son acompañados por bienes de fortuna. Con algo que hagan, el triunfo está casi a la misma altura de aquellos que hacen mucho y de calidad. Pero con la escultora Laura Mounier de Saridakis, sucede al revés, y esto nos extraña. Su labor es juzgada con más severidad que la de otro profesional cualquiera. Parece no perdonársele que esculpa y con talento, y se procura por todos los medios apagar los chispazos de inspiración que salen de aquel taller recogido como una cripta.

Esta silenciosa batalla, que también alcanza a su esposo el señor Saridakis, que es un distinguido pintor con mucho temperamento de colorista, la dan a veces hasta aquellas personas, que en calidad de jueces debieran estar sobre pequeñeces o apreciaciones de círculo. Pero es así, como he tenido lugar a comprobar; y ella sonríe, guarda silencio y sigue trabajando, porque así lo necesita, porque nos ha dicho que las horas de su taller, en unión íntima con la greda divina, son las más felices de su vida, y cuando ha alcanzado la realización de un sueño hecho arcilla, mármol o bronce, es entonces cuando se siente noblemente satisfecha, porque es entonces cuando el espíritu sabe responder discretamente, a todo aquello que en la vida es pequeño y se desliza cautelosamente entre sombras.

N. YANEZ SILVA.

